

¡Achichai, Achuchuca!: encuentros, desencuentros y pérdidas en contextos de protección

Laura Alejandra Rodríguez Capote

Programa de Primera Infancia, Facultad de Psicología, Universidad del Valle

402043C: Practica profesional

Liliana Betancourt

12 de febrero de 2026

Dedicatoria

A las mujeres de mi familia, en especial a mi abuelita Alicia, soy ustedes y cada vez me llena más de orgullo decirlo.

Agradecimientos

A mi mamá por los quereres y las madrugadas; como ella misma dice, desde primero de primaria hasta la universidad.

A mi papá Juan Pablo por recordarme que podemos con todo, aunque no todo al mismo tiempo; por enseñarme que está bien pedir ayuda.

A mi papá Dubianer por explicar con tanto orgullo mi profesión, aún en los momentos en los que me cuesta creer en mí misma.

A mi familia por dejarme practicar, a veces involuntariamente, con todos los niños y niñas de la casa.

A mi tutora Liliana, por recordarme que no molesto; por aquel día en el que me pidió dejar de decirlo y me recordó que contaba con su compañía.

A todo ser amado, presente o ausente, porque en mí solo cabe agradecer su presencia, sus recuerdos y las manos que me sostuvieron.

Tabla de contenido

Introducción.....	5
Capítulo 1: El meollo del asunto.....	6
Observando la sombra ajena.....	6
Ronda de refugios: un monstruo poco monstruoso.....	16
Capítulo 2: Qué dolor, qué dolor, qué pena.....	22
Entre el abandono y el vínculo.....	22
El cuerpo como territorio de vínculos.....	26
Los vínculos de cara a la lógica institucional.....	32
Abordaje: Guía de los guardianes del sueño.....	32
Capítulo 3: Cansando a la luna.....	38
Los engranajes oxidados del sistema.....	38
El juego del desconocido.....	39
Palabras sordas en oídos necios.....	44
Lo que me sostuvo mientras sostenía.....	48
Desde mis afectos: cartas.....	50
Carta a mis amados.....	50
Carta a las abuelitas y formadoras.....	50
Carta a la fundación.....	51
Carta a mis profes.....	51
Carta a Anita Silva.....	52

Conclusiones.....	53
Referencias bibliográficas.....	55

Introducción

Habitar un hogar de protección es ingresar a un territorio donde los vínculos se construyen y reconstruyen de forma permanente. Son estos espacios en los que nada permanece del todo, por el contrario, cada gesto y caricia, cada llanto y despedida, son sucesos que dejan huella y atraviesan tanto a cuidadores como a niños y niñas. Este trabajo es el fruto de la experiencia vivida en el espacio de práctica, y por medio de este me propongo narrar, comprender y analizar los encuentros y desencuentros que surgen en las relaciones que allí nacen, todas como resultado del hacer de quienes, al igual que yo, llegan al lugar para acompañar a las infancias.

Esta autoetnografía se convirtió en la búsqueda, en el intento por comprender que las situaciones como el duelo, el cuidado, la pérdida y vínculo se entretajan en la cotidianidad de estos espacios, puesto que los afectos son innegables, y la institucionalidad marca ritmos que no siempre coinciden con las necesidades de la primera infancia. Este es un relato que recuerda que no basta solo con saber hacer para intervenir, sino que es necesario habitar los espacios desde la sensibilidad y la escucha, y que ello sólo nace cuando reconocemos nuestra propia humanidad como el puente para anclarnos a la comunidad.

Capítulo 1: El meollo del asunto

Observando la sombra ajena

Cuando llegó el primer día de práctica no me sentía preparada, llegué a la institución de práctica a las 7:15 am y mientras esperábamos decidí observar el espacio, los muros con diseño de ladrillo limpio, los espacios verdes, la piscina y la frescura del barrio Pance, esa fundación que, desde mis sentires, parecía querer emular un hogar con su estructura simple y limpia; como cada día de mi vida, quería prever cada acción, sentía tanto nerviosismo que no quería perder mi medicamento, uno de color rosa suave que debo tomar en las mañanas, por el simple hecho de imaginar que algún niño o niña confundiéndolo con un dulce lo comería, y definitivamente estaba nerviosa por no recordar cómo se hacía un cambio de pañal, de qué forma se brinda un tetero o cuáles son los pasos para bañar a un bebé... Mi ansiedad era tal que un relato de Anita (quien ha sido mi amiga y sostén durante todo el pregrado) sobre su sobrino y su pasión por las aves me condujo a las lágrimas, todo esto antes de siquiera tener algún contacto con el primer niño o niña.

Previo a ese primer día como practicante, en una conversación casual con mi madre mientras le contaba sobre mi inicio de prácticas, ella mencionó entre risas - *Se acuerda cuando usted quería que la dejáramos en ese hogar en la Buitrera, que me decían con Jenny (Una de mis primas) “Nosotras queremos vivir allá”* - y efectivamente, ese era uno de mis deseos de niña, vivir en dicho hogar de protección porque al parecer, tenía todas las comodidades que se desean en la infancia.

Esta institución de protección se encuentra en una zona privilegiada de la ciudad de Cali, entre edificios y universidades privadas, cosas que de niña eran todo mi sueño, un hogar con piscina, un apartamento blanco e impoluto, una universidad de renombre... ¿Pero acaso son esas

las ausencias que realmente importan en la niñez?, o ¿eran mis deseos porque yo ya tenía un vínculo seguro y consideraba que este nunca iba a desaparecer? Mi madre ha sido y sigue siendo la manera de anclarme a la realidad, y admito que mientras deseaba estar en ese hogar pensaba que podría vivir sin ella, pero la primera vez que dormí fuera de casa lloré al extrañarla.

Es por esto que la idea de este centro como un espacio que se construye como un hogar, me da vueltas. En la infraestructura de un solo piso, los espacios coloridos y con nombres representativos, el acceso libre a casi todo el lugar, se siente la continuidad mientras uno camina... Como si fuese la representación simbólica de una casa, un hogar propio.

Mientras describo la fundación quisiera entrar en detalles con respecto a su ubicación y formas de acceso, pero lo considero algo delirante, la realidad es que el mundo cambia cuando estás ahí dentro, uno ya no está en el gran Pance, barrio de estrato alto y lujos. Dentro de esta institución, uno está en otro universo, a veces en muchos universos que se entrelazan. Ese primer día, yo sentía unas ganas intensas de jugar, cantar y hablar con los niños y niñas, acercándome a partir de esos lenguajes lúdico estéticos que son el eje de desarrollo del pregrado, y en algún momento, una de las niñas, Rami, se acercó a mí para tomarme de la mano mientras yo recorría la sala en medio de conocer y a la vez jugar, y cuando una de las abuelitas notó que Rami no me soltaba la mano y, además, quería ser cargada, rápidamente me dijo - *Se la va a montar* - pero ¿Qué es montar? ¿Por qué ser niño o niña y pedir atención es “montarla”? En la infancia se requiere que alguien te aloje y sostenga, y cuidar por medio de vínculos seguros es el horizonte de sentido de la fundación, aun así, esta petición de Rami de ser cargada tomó un tinte oscuro para la abuelita, porque una niña “montadora” es alguien que, de cierta forma, domina al otro y obtiene beneficios. En cambio, yo solo esperaba ser “víctima de esa montada”, yo deseaba ver a los niños y niñas, desarrollar una relación con ellos y ellas.

Cuando habitas el universo de la fundación, los primeros momentos desconciertan profundamente, aquel momento en que das de comer a un niño o niña por primera vez y observas la boca llena y los ojos intensos que siguen el movimiento de la cuchara, uno llega a sentir que no está en “nada” porque no puede responder al afán mecanizado de estos pequeños que parecen no saborear. La fuerza con la se habita y se siente tiene como efecto que la emocionalidad se desborde o se detenga. Aprendí después de un tiempo que los niños te siguen, te esperan y te buscan, uno asiste a la fundación y pasa las jornadas tratando de acoplarse a las formas de los adultos, pero de un momento a otro el mundo se ralentiza y descubres que alguien te ve con el rostro de amor más puro y magnificante que jamás has visto, queriendo y sin querer te enamoras.

Es una realidad alterna en la que te sientes en una familia colectiva queriendo cuidar a todos los niños y niñas en el lugar, pero también es el espacio de las ausencias, pues sabes que tu tiempo ahí es finito. Reconoces un futuro incierto con esos amores que sabes que vas a extrañar porque de un momento a otro se acercan tanto a ti que les oyes decirte “mamá” o los ves correr hacia ti con los brazos abiertos y las sonrisas amplias. Todo esto mientras deseas convivir con sus risas de forma permanente, y aun así luchas con el deseo de no volver a verlos nunca, no ahí. Y suena confuso, lo sé, a lo que quiero llegar es que en ese sitio anhelas con tanta fuerza cuidar de esos niños y niñas que te adolece ese momento de reintegro con sus familias, y al mismo tiempo estás feliz, porque aprendes que no hay un mejor lugar que sus hogares.

En este centro de acogida hay un extenso grupo de talento humano que se encarga de velar por la integridad y el cuidado de los niños y niñas, desde los aspectos legales que conciernen a su estancia en un espacio de protección, hasta los elementos del diario como la alimentación, las visitas de familiares, la recreación y demás. Cuando digo “velar por la integridad” esto va más allá de los colaboradores que trabajan en lo operacional, y se traslada a

esta idea de hogar que se ha instaurado; sin miedo a la equivocación, puedo decir que el personal reconoce a los niños y niñas por nombre propio, los saludan con abrazos calurosos y atienden a sus cuestionamientos o exigencias. Es común ver al personal encargado de contabilidad cargando a un bebé, y a niños y niñas que les esperan a través de la ventana, como quien avecina a esos seres humanos que se han convertido en su diario.

Ahora bien, para el cuidado directo de las infancias, hay dos roles que toman relevancia: las formadoras y las abuelitas. Las formadoras se encargan de estar 24/7 con los niños y niñas, y su responsabilidad es asistirlos, esto quiere decir que ellas son las encargadas de bañarlos, vestirlos, darles las cinco comidas diarias, cuidar de su estado de salud, entre otras; y las abuelitas, que son un programa creado para brindar a los niños y niñas una figura con la cual desarrollen vínculos seguros, son mujeres generalmente mayores que tienen asignados dos infantes y ellas, además de acompañar a las formadoras en sus labores diarias, brindan espacios de juego o recreación. Eventualmente, ellas se convierten en las referentes primarios de estos niños y niñas, muchos de ellos y ellas adoptan inclusive ciertas conductas similares a las de sus abuelas o aprenden lo “positivo” y lo “negativo”. Ellas son su referente cultural identitario, puesto que, en este lugar, a pesar de existir celebraciones como cumpleaños y Navidad, no se acogen a elementos más personales como lo típico musical, los relatos familiares o las creencias que normalmente se adoptan en la infancia.

Frente a esta primera etapa, llamó mi atención que los niños y niñas no poseen un distintivo más allá del número que les representa en la ropa y zapatos, que a su vez los convierte en un elemento más de la masa; igualmente, los niños y niñas están asignados a grupos según sus edades o niveles de desarrollo, y en los afanes del día se les nombra por ese grupo aunque se estén dirigiendo a un niño en particular, las frases como: *Tenía que ser sala 5* ó *Yo sabía esto era*

de exploradores, son comentarios que se dicen entre adultos para describir actitudes o comportamientos que no les son agradables, como gritos, llanto o alboroto causado por los niños y niñas. En algunas regiones de Colombia, por ejemplo, hay una creencia en la que los niños y niñas recién nacidos tienen una manilla o cadenita en el pie, esta puede ser de oro o de azabache (piedra negra natural) y tiene como objeto la protección de los bebés de algo que se denomina como “mal de ojo” y hace referencia a energías “negativas”, esto es tan común que algunas personas consiguen asombrarse cuando los bebés no la portan. Describo esto para compartir con el lector esos aspectos de la vida común que se pierden cuando los niños y niñas ingresan a los espacios de protección. Esto se convierte en un vaivén entre los objetivos y lo encontrado, porque el modelo de cuidado en la fundación es tangible, está enfocado en cultivar vínculos seguros, pero al mismo tiempo se desdibuja en lo impersonal, la cantidad de los niños y niñas a cuidar sigue sobrepasando las capacidades del personal.

Consideremos esto, si ya es difícil para un niño o niña, en un contexto familiar constituido, acoplarse a la idea de que nazca un nuevo hermano y coexistir con alguien que recibe la atención de las figuras parentales, imaginemos a infantes con relatos familiares complejos, que comparten una formadora con otros nueve niños y niñas, y cuya abuelita asignada comparte con él o ella máximo 5 horas al día. Sin la intención de menospreciar la labor de la fundación y sus colaboradores, en ciertas ocasiones, los niños y niñas habitan la invisibilidad emocional como efecto de existir en una institución.

Esta invisibilidad que menciono tiene como efecto que los niños y niñas sean mejor percibidos cuando sus actitudes son pasivas, puesto que facilitan la labor de los y las cuidadoras. El afán de responder a las peticiones del día de tantos niños y niñas, en algunos casos, no le permite al personal observar aspectos del desarrollo que son cruciales y que, al mismo tiempo,

nos indican cierta “evolución” del estado de un niño o niña que se encuentra en el espacio de protección. Para ejemplificar este suceso, traigo a colación un encuentro con Jhon, un niño que reconozco desde que tiene 2 años de edad y que, aunque ahora mismo se encuentra en otro grupo, me brindó escenas poderosas, esta es una de ellas.

En este punto considero importante contarles sobre Jhon, un niño de dos años fuerte físicamente y que generalmente es disruptivo frente a las normas que establecen los adultos que le rodean. Por ejemplo, uno de los límites que se dan en la sala Juguetones, a la que corresponde el grupo con el cual interactúa permanentemente es que, si algunos niños o niñas están mordiendo a los otros, se les pone en las cunas como medida preventiva y esta situación era reiterativa con Jhon. Sin embargo, para él, eso no es un límite para la “diversión”. A diferencia de los demás niños y niñas que lloran o gritan, Jhon inmediatamente comienza a retirar la sábana de la cuna y esto le brinda la atención que los adultos, aunque esta se exprese en llamados o amonestaciones verbales.

Así empieza quitando la sábana y lanzándola lo más lejos que le es posible, y luego levanta el colchón de la cuna, lo que le da otro momento de juego entre lanzar y recibir el colchón, ya que por el tamaño no puede sacarlo completamente. Su acción final, hasta aquel momento, fue saltar en las tablas de la cuna, y esto es lo que más incomoda a las abuelitas o formadoras. Esta última acción, le da a Jhon eso que espera, que lo bañen y procedan a sacarlo de la cuna.

Algunas de las acciones de Jhon me motivan a pensar en el desarrollo inicial de la metacognición, tal como lo afirma Sandia (2004):

Esto implica que el acto de conocer se transforma en un acto social, en el sentido que cobra vida la relación que se establece entre pares y con el mismo adulto que está mediando el acto de hacer metacognición o «tomar conciencia de» (p. 132).

Esto también puede comprenderse como una respuesta a la situación que habita, puesto que existir en una institución precisa que los niños y niñas desarrollen mecanismos distintos a los de un hogar con eventos de índole cotidiana, acatando la idea de que la metacognición no solo responde al desarrollo cognitivo.

Lo anterior son reflexiones que no se realizan en la inmediatez, no porque sugieran un nivel de dificultad mayor, sino porque el equipo de cuidadoras considera estas acciones como agotadoras o molestas, puesto que ralentizan los procesos de cuidado que, al final del día, representa el objetivo de su labor, aquellos hechos por los cuales deben responder y son contratadas. En ciertos contextos o bajo ciertas influencias es posible observar una exaltación a la pasividad como un valor en los niños y niñas, esto porque así no interfieren con la vida adulta, y con esta misma idea es que diversos cuidadores como padres, madres o familiares, deciden incluir a sus hijos o hijas en diversas actividades extracurriculares, como una solución a su “hiperactividad”, que a veces no es más que la realidad infantil, la de ser niño o niña y habitar el deseo de explorar el mundo, un mundo que es apenas conocido, más aún si uno vive sus primeros años en un lugar de protección.

En el proceso de reconocer a los niños y niñas, construí una relación cercana con Kelan, ahora admito que no podría mencionar aquí el momento exacto en el cual mi relación con él cambió, por el contrario, considero que es un conglomerado de sucesos maravillosos para mí. Como la primera vez que tuve la oportunidad de hacerlo dormir en mis brazos, aunque las formadoras decían que él no se dormía arrullado, aquella vez en que se “desparramó” en mis

piernas como buscando una contención externa, los momentos en que su llanto lo condujo hacia mí y sin decirlo me pidió que lo consolara, o aquella visita familiar en la que, aun estando con su tía, su cuerpo me buscaba en la distancia y él le reclamaba a su familiar por el deseo de acercarse a mí. Lo que sé es que me comprometí afectivamente y empecé a vivenciar el dolor de su distancia, mientras iba camino a casa y cerraba los ojos en el transporte público, podía sentir el peso de Kelan en mi cuerpo, y cada actividad de mi vida personal en la que convivía con niños se convertía en: me gustaría compartir esto con él.

Cuando llegan esos momentos, cuando extrañar a los niños y niñas se vuelve algo inconsciente y la memoria corporal toma el mando, empiezan los “y sí...”, ¿y si yo pudiera adoptarlo? ¿Y si vuelvo de vacaciones y no están? ¿Y si deben retornarlos a su hogar pronto? Reitero: queriendo y sin querer, uno ama. Desarrollar vínculos afectivos con estos niños y niñas es inevitable, y con este cariño que se desarrolla convive la culpa. La primera vez que alguien mencionó abiertamente mi favoritismo por un niño en particular me invadió un sentimiento de ineptitud inexplicable, pues tener un favorito supone que uno está restando atención a los demás niños y niñas, la labor está quedando incompleta.

Al permanecer con una cantidad de niños y niñas tan grande, los momentos del favoritismo o de brindar mayor atención a un niño o niña, pueden llegar a ser mal vistos o malentendidos; esto porque para algunas abuelitas o formadoras, brindarle una atención puntual a un niño o niña determina que exista menor atención hacia otros. Esta fue mi experiencia al desarrollar mi relación con Kelan, mientras aún estaba observando a los niños y niñas, era notorio que generaba malestar que, por ejemplo, el personal administrativo le diese atención al niño, puesto que, en respuesta a la ausencia de dichas personas, el niño lloraba.

El llanto, tan temido para algunos adultos, era el reflejo de una petición permanente en los niños y niñas: querer la atención de las adultas. Desafortunadamente, esta solicitud de atención en muchos momentos se inviste con un manto de “capricho” o “problema” la misma idea de ser “montador” que se constituyó en ese primer momento con Rami, pues causa dificultad calmar a los niños y niñas después de ese primer momento de distanciamiento con un referente de vínculo. Esto último, es contrastable con ese primer momento con Rami y esos espacios en los que se evidencia la solicitud de atención como capricho, es cierto que los primeros espacios son de gritos y reclamos, y atender estos reclamos suele hacer que cedan o disminuyan, la dificultad radica en que la inmediatez parece ser lo primordial en el cuidado, reconocer el proceso no siempre es el camino sino un aspecto poco tolerable.

Así mismo, cargar a los niños y niñas sugiere un problema porque ellos y ellas solicitan ser cargados constantemente, aun así, estos momentos me recordaban cuando las profesoras del pregrado nos insistían en la importancia de que el cuerpo del adulto esté disponible para sostener a los niños y niñas en sus momentos difíciles o acompañarlos a reconocer sus límites, esto ya era parte de nuestro objetivo antes de siquiera saber en qué espacio de práctica estaríamos.

Con el pasar del tiempo, mi relación con Kelan cambió, esos momentos de llanto desbordado mientras le daba atención a otros niños fueron cediendo, y por ejemplo, en los espacios como la hora de la comida en la que los sientan a todos en sus sillas contra la pared, Kelan, Alí y yo jugábamos para amenizar la espera, yo fingía comerme la mano de Alí y mientras su risa se hacía más fuerte, él volvía a extender el brazo hacia mí, todo mientras Kelan me miraba directamente a los ojos y se reía con la misma fuerza que Alí, de acciones que estaban directamente relacionadas con él.

En retrospectiva, como ya mencioné, es improbable que un único adulto pueda solventar las necesidades emocionales de tantos infantes y esto, inevitablemente, nos lleva a desarrollar mayor relación con algunos de ellos y ellas, esto no quiere decir que mi presencia haya sido negada a los demás, sino que la misma era ofrecida en función de sus deseos, a diferencia de las abuelitas que son asignadas a una niña o niño específico, el rol de practicante deja la puerta abierta a convivir con base en la afinidad, lo personal suele estar en juego y constantemente reta la idea popular de que lo laboral o profesional debe permanecer en dicho espacio, al convivir con los niños y niñas de la institución, ellos se convierten en parte de tu relato personal, eres lo que desarrollas en su compañía.

La otredad toma vida en su forma más natural, uno no suele tener la posibilidad de decidir que lo afecta y que no, que te cambia y de que te deshaces, y eso es lo que sucede con los niños y niñas, pues no conoces su relato persona ni su vida familiar, uno no sabe los motivos por los cuales se encuentran en el lugar y generalmente son cosas que se deducen a raíz de comportamientos o referencias en sus cuerpos (tonicidad, rasgos, color de la piel, entre otros), no sabes nada de ellos y ellas que te permita desarrollar una visión compasiva.

Lo anterior nace también en el marco de considerar nuestra ética como profesionales en Primera Infancia, pues un elemento fundamental de dicha ética está relacionado con la ética del cuidado de Gilligan (2013) y se resume en la toma de conciencia con respecto a la humanidad de los demás, nuestras decisiones y comprensiones no solo se basan en ideales genéricos, sino que responden a la relación que constituimos con nosotros mismos, los demás y el contexto nos rodea, y este es uno de los elementos más preciados del pregrado, la humanidad que nos brinda.

Al diseñar mi primer abordaje estructurado, me encontraba centrada en el “aquí y ahora”, esto debido a que en la fundación ya existen programas por medio de los cuales se acompaña a

las cuidadoras, esto sin duda es una base fundamental para el acompañamiento de diversos niños y niñas que puedan llegar al espacio; pero, de algún modo, considero que esta orientación hacia la prevención y la planificación, por medio de la capacitación al adulto, limita los ofrecimientos que se brindan a los niños y niñas que ya se encuentran en el lugar, los elementos que se vinculan con su subjetividad se dejan de lado mientras se considera cultivar ciertos conocimientos en los adultos. A mi parecer, medir la calidad de la atención con base en entregas a futuro o resultados a largo plazo, nos aleja de la posibilidad de dimensionar que los niños y niñas ya están ahí, por lo cual no es posible pensar solo en lo venidero, sino que se requiere entregarse al presente para obtener los efectos por los que tanto se capacita al adulto. Esto me llamó a considerar el juego con los niños y niñas como un mecanismo de acompañamiento que brinda una sensibilización, no solo en el adulto cuidador, sino en el niño o niña que se encuentra constituyendo los aspectos subjetivos de su seguridad y confianza en los demás, crear un juego para los Juguetones, quienes curiosamente, tenían pocos momentos de juego con los adultos, esos juegos en los que el adulto también es un jugador y no media a la distancia.

Ronda de refugios: un monstruo poco monstruoso

El primer abordaje “ronda de refugios” era un juego de persecución en el que se buscaba desplegar la tríada descrita por Calmels (2004) que consta de un perseguidor, un perseguido y un refugio con el fin de acompañar el reconocimiento del adulto como cuidador-protector, además del relacionamiento entre pares y con dimensiones o espacios (p. 95). Previo al juego diseñé un objeto (sombrero) vistoso que diferenciaba al adulto perseguidor de los adultos que hacían las veces de refugio. A su vez, había dos esquinas que simulaban cuevas, las cuales también apelaban a brindar una vista de mirador, pues al organizarse junto a la pared, posibilitaban que esta se cubriera.

El propósito del juego relució a partir de un espacio de asesoría, previamente se había discutido el tema de los recursos simbólicos que poseen los niños y niñas en los espacios de protección, y este es un tema importante si consideramos que muchos de ellos y ellas no poseen acercamientos a ofertas enriquecidas. Además, se discutió que el ofrecimiento en un juego de persecución debe habilitar la curiosidad de los niños y niñas. En este caso, brindarles este escenario de juego debía permitirles aproximarse a la sensación de miedo sin ser un peligro directo, e incitar a los niños y niñas a la exploración como parte de compartir el poder en la acción del juego. Se buscaba un espacio en el que la literalidad no tomara partido, imitando la definición de Brooker y Woodhead (2013) en el que los compañeros de juego son esas personas ya conocidas y la motivación está en la diversión.

Los niños y niñas fueron invitados a un espacio distinto, con el fin de hacer uso de un espacio amplio que permitiera un acercamiento paulatino al juego, en medio del salón se encontraba el sombrero y este recibió diversas reacciones, para algunos niños y niñas era objeto de juego, sin embargo, algunos otros estaban más tensos. Antes de iniciar la persecución, jugamos a la ronda de [“A la rueda, rueda”](#), una ronda que ya se había realizado con ellos y ellas, con el fin de avisarles que ese era momento de jugar. En el espacio de la ronda, algunos de ellos y ellas se unieron inmediatamente, otros permanecieron en el centro y algunos otros observaban desde afuera, luego, estando en el juego con el sombrero, Alí, al que defino como activo y “mordelón”, respondió a ese objeto con una mirada directa y de ojos bien abiertos, rostro plano y un cuerpo con movimientos rígidos. Kelan reaccionó de la misma forma, y no corrió por el espacio hasta que yo usé el sombrero para perseguirlo. Por otro lado, para niñas como Ari, el juego estaba a la orden del día, ella fue la primera en correr, en explorar el sombrero e inclusive de las primeras en esconderse, jugó a atravesar el umbral del refugio como una verdadera

experta, e interactuaba con encontrarse dentro y fuera, aunque todo el tiempo sonreía y reía, algunas veces daba pequeños gritos, como llamando al monstruo y asomando la cabeza de vez en vez.

Todos los niños y niñas permitieron el juego, a su modo y con diversos estilos. Ana, por ejemplo, no se animó a jugar ni a correr, por lo cual la tutora nos animó a rondar alrededor de ella y esto, aunque no fue una interacción en la que la niña rondara como en otras ocasiones, sí puede ser considerada como una respuesta a la situación, ya que no hubo llanto ni malestar, y la finalidad del juego también era cultivar la compañía entre los niños y niñas. En otro momento del juego, Kele, uno de los más pequeños del grupo, nos permitió observar su forma de relacionarse con los umbrales. A diferencia de Ari que lo hizo de manera espontánea, Kele estaba en un vaivén corporal entre entrar y no entrar al refugio, parecía reflexionar el suceso hasta que decidió ingresar, y de nuevo asomar su rostro, como buscando revisar si todo se encontraba en orden.

Aunque describo esto ahora mismo, verlo es especialmente difícil cuando te encuentras vinculado emocionalmente con los niños y niñas y planeas organizar para ellos una actividad que, además de acomodarse a las exigencias de ese primer abordaje, sea divertida. Describo esto tan ampliamente como me es posible, pues en ese momento los nervios hacían de las suyas y yo estaba más preocupada porque “todo saliera bien” que por disfrutar u observar. Esto me permite pensar en esas reflexiones de la adultez que realizamos de manera constante. Hacer todo bien, tener un paso a paso, diseñar algo sumamente elaborado y seguirlo, pero esas no eran las búsquedas de los niños y niñas en el juego, y esa es, para mí, una de las mayores pérdidas de la adultez, considerar que nuestras búsquedas e intereses pueden estar por encima de la inmediatez, de los sucesos, de lo real.

Vincularse es tan inevitable como ser personas con relatos propios, relatos que influyen en nuestra respuesta a las situaciones que atravesamos, historias que atraviesan nuestras entrañas para determinar los objetivos de la vida, y memorias tan valiosas que se impregnan en el cuerpo. Esperar que los niños y niñas tengan un mejor estilo de vida por medio de los cuidados fisiológicos básicos sería negligente, y pedirle a un cuidador que, mientras está entregando todo su amor y atención, aprenda teorías y métodos de cuidado sería violento, es por esto que, hasta el momento, he empezado a considerar que invitar al juego podría permitir una forma más íntegra de acompañar estos procesos de vinculación.

Aun con todo esto, me atraviesan diversas preguntas con respecto al diseño de un dispositivo o abordajes articulados. Esto porque, para mí, encontrarme jugando con niños y niñas con los cuales me he vinculado sugirió una problemática a la hora de observar, mi duda a lo largo de la carrera ha sido ¿Cómo observo y participo al tiempo? Y ahora es ¿Cómo observo, participo y cuido al mismo tiempo?

Las grietas de una casa

Fue estando en medio de esas primeras búsquedas, en medio de encontrar formas de extender esa sensación de hogar aunque aún a mí me era confusa, que lo impensable sucedió. Migue, uno de los bebés más pequeños de la fundación, se había convertido en una forma de pausar mi regreso a los Juguetones mientras atravesaba el extrañar a Kelan. Con permiso, estuve haciéndole compañía, cantándole, contándole mi vida, diciéndole lo amado que yo sentía que era. En ese mismo contexto llegó Cielito, una niña que apenas tenía tres días de nacida y a la cual aún no se le adjudicaba un nombre. Cielo era un secreto: la movilizaban cubierta, como quien aspira no compartir aquel tesoro.

Con la intensidad que me caracteriza, me dirigí a la jefa de salud y solicité acompañarla. Ella me respondió que no había necesidad, que las formadoras podían alimentarla. Mi interés no era solo fisiológico, y se lo hice saber: era para cantarle, para que no estuviera sola. Su respuesta, entre una risa escondida, fue directa: “pero es que eso no es lo que ella necesita ahora”. No anhele explicar los sentimientos, pero debo hacerlo, porque luego de ese comentario me ofrecieron esperar un mes para poder ingresar con la niña, y con la sonrisa más fingida posible solo pude decir: “En un mes vuelvo”... Pero “yo no era persona”, no era un ser con vida, no era real, no me sentía ni tangible, diluirme me habría sido posible si así lo hubiese deseado. El calor en mi rostro, los pensamientos corriendo por mi mente, la intensidad de los sentimientos que me provocó ese comentario, en ese primer momento solo pude describir aquel gesto como una forma de negligencia.

En ese comentario parecía haberse resumido aquello que me tomó un semestre comprender y digerir, una tensión central del contexto institucional: la prioridad de lo asistencial por encima de lo subjetivo, la invisibilización de aquello que no se mide en protocolos, de aquellos que no pueden ser comprendidos como productos. En estos espacios, la observación agudizada permite comprender poco a poco los efectos de esa lógica.

Esa sala... la sala de Migue, la sala de Cielo, la sala de Lucca. Una sala que buscaba salvaguardar la vida bajo la autoridad y la mirada de especialistas en salud, pero que también acumulaba dolor, hacinamiento y pérdida.

Antes de que se me negara el ingreso, pasé cerca y vi a Migue con su rostro cubierto por una manta blanca: vómito. Entré sin preguntar, con ese miedo que emerge cuando uno se preocupa por perder a quienes quiere, y mientras lo limpiaba, una formadora me dijo: “la próxima vez es mejor que me avises, pero no entres porque me regañan”. La pregunta apareció

de inmediato en mi cabeza: ¿cómo la vida de un niño vale menos que un regaño? Ese mismo día supe que se lo habían llevado hospitalizado. No lo volví a ver.

En esa misma sala, Lucca fue raptado y eventualmente su luz se apagó. Un lugar pensado como bunker de protección que falló, que nos falló a todos. El peor escenario posible ocurrió dentro del mismo sistema que tiene como objetivo principal el resguardo. Y con ello emergió una pregunta inevitable: ¿cómo se protege a un niño o niña del propio sistema de protección? La pérdida de Lucca convirtió a la fundación en el epicentro de un duelo colectivo. Nos encontrábamos de luto sin poder estar de luto, no había tiempo para llorar porque las cuidadoras debían seguir cuidando. La rutina continuó, pero algo se había quebrado y me temo que, al menos dentro de mí, ese será un para siempre.

Esa grieta se convirtió en el problema central de este trabajo: **¿cómo se elabora el duelo en los vínculos de cuidado contruidos en contextos de protección infantil?** La pérdida no anuló el cuidado, porque si de algo se sabe en estos espacios de protección es de pérdida en múltiples dimensiones; pero lo confrontó, nos confrontó, con un límite increíblemente tangible, revelando lo frágil de lo institucional y las dinámicas (o ausencias) que brotan en medio de un duelo compartido tan sentido.

Capítulo 2: Qué dolor, qué dolor, qué pena

Entre el abandono y el vínculo

Antes de que todo cambiara, antes de que el espacio se sintiera atravesado por algo que no sabíamos nombrar del todo, llegaron las vacaciones y el cierre de la primera parte de las prácticas. El calendario marcaba una pausa, como si el cuidado pudiera obedecer a los ritmos universitarios, es curioso porque mis acciones no cambiaron, lo sentía como una forma del universo diciendo: El ejercicio profesional te atravesó, ahora es lo que eres. Aun con esto, tomé un lapso corto de vacaciones; el último día que me dispuse a ir a la fundación, mientras conversaba con Kelan sobre su amor que me reclamaba atenciones a otros, una abuelita me dijo: ¿Ya escuchó? Kelan se va mañana...

No me gusta el abandono. Por años ese ha sido un tema que me ronda, como una cuenta por saldar a la que nunca me dispuse. En mi mente resuenan esas palabras: *"Eso de abandonar debe ser de familia", "si tiene hijos no los vaya a dejar botados, me los deja, yo los cuido", "no sea como su abuela"...* Y aunque ese es un relato que no me pertenece, pues define a una mujer que jamás conocí, aun así, admito que me sigue, lo siento como una nube de gas a mi alrededor que me ahoga... Permanezco mareada.

Cuando menciono que no me gusta el abandono, debo admitir que ser abandonada también es un tema que me desarma, me deshago. Mientras habité con los niños y niñas de la fundación, el abandono era un sentimiento latente para mí, pero era una sensación que solo me competía a mí como adulta enfrentando sus traumas; Kelan ya retornó a su familia, y con ello llegó el primer momento de dolor y pena, qué tusa tan profunda, fueron noches de pesadillas, noches de insomnio y lágrimas, mis amigos le llaman: “Tusa de bebé”, y la acusan de ser peor que las “normales” (de relaciones afectivas). Y esa situación de tusa también acusa a lo profundo

de mí misma, a aquello que me construye como persona y que no puedo dejar fuera de mi ser como profesional, esta idea de que son polos de la vida que no se mezclan es algo que no siempre obedece al quehacer en la primera infancia. Esa relación con Kelan me permitió observar, de manera directa, los relatos a los que me había negado por mucho tiempo, ¿Por qué, en un mundo en el que la autosuficiencia es ley, yo debería admitir que temo a ser abandonada?; es esa línea, la del autoconocimiento, la de mi intersubjetividad, la que como profesional debemos cruzar para brindar acompañamiento, porque tanto así como es inevitable que los niños y niñas hagan parte de nuestro relato, es inevitable que ellos no nos remuevan esos relatos; y en propuestas como la de hacer uso del compartir de juegos de infancia, es necesario considerar disponer de mi propia vulnerabilidad, antes de invitar a otros a hacerlo.

Lo siguiente lo describo como resultado de un cuidado que me atravesó porque considero que el lector posee el derecho a saber de aquello que me acuso a mí misma, del humano en debilidad que me siento ante los niños y niñas de la fundación, porque de esta forma también es posible cuestionar aquello que se reconstruye en uno mismo en medio de la atención a la primera infancia. Porque como ser humano e individuo, el abandono es uno de mis principales temores, y aún con ello, me encuentro escribiendo al respecto, y casi sin darme cuenta, me encuentro gestionando y resolviendo aquel miedo, reflexionando al respecto, gracias a niños y niñas que debí cuidar, pero que con su presencia y su ausencia me permitieron digerir aquello de mí a lo que me negaba.

Mi humanidad, tan intrincada, se siente caer en un vacío profundo mientras estoy con ellos, y me siento como quien quiere “darles el cielo y la tierra”. ¿Por qué? Si yo me siento así con verlos dos o tres veces por semana, ¿por qué algunas abuelitas y formadoras pueden estar tan distantes de la realidad de los niños? Mi intención no es juzgar su sentir, sino expresar cómo el

diseño institucional ha convertido a otros adultos, seres humanos como yo, en “elementos de trabajo” que se encuentran dispuestos para enfrentar un problema sin siquiera considerar a los niños y niñas, en ciertas ocasiones, los infantes son seres a los cuales mantener con vida, a los cuales se asiste para su supervivencia.

¡Qué drama, Laura Alejandra!

El cuidado, la labor de cuidar, es de esas cosas de las cuales hablamos como un evento de las circunstancias... Quien te cuida es mamá, es la persona que elegiste para compartir tu vida, es ese amigo que te aprecia, pero ¿Qué pasa cuando el cuidado es una labor remunerada? El cuidado, a diferencia de otras formas del trabajo, no habita la producción, no entrega productos... La relevancia de esta mención surge desde la idea de estas mujeres, formadoras y abuelitas, que como cuidadoras principales cumplen funciones que no se acogen a la producción a la cual estamos acostumbrados. Sus productos son esos niños y niñas, y su objetivo es el “desarrollo integral”, con base en lo que define el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (2017) a la pregunta “¿Qué es desarrollo integral?”:

De acuerdo con la apuesta de país, el desarrollo integral es un proceso complejo y de permanentes cambios de tipo cualitativo y cuantitativo a través del cual los seres humanos estructuran progresivamente su identidad y autonomía. No sucede de manera lineal, secuencial, acumulativa, siempre ascendente, homogénea, prescriptiva e idéntica para todas las niñas y los niños, sino que se expresa en particularidades de cada uno de acuerdo con los contextos donde transcurren sus vidas, teniendo en cuenta los entornos establecidos en la política: Hogar, Salud, Educativo y Espacio Público. Por ello es importante tener en cuenta que niñas y niños son sujetos de derechos con ritmos de

desarrollo distintos, gustos e intereses distintos que parten de las experiencias familiares, sociales, culturales, políticas y económicas.

En síntesis, se puede decir que este proceso toma forma de acuerdo con las interacciones de calidad que se brindan a niñas, niños, así como también el desarrollo de experiencias enriquecidas en los espacios que promuevan el desarrollo de sus capacidades y habilidades, también la promoción las diferentes atenciones contempladas en la RIA de acuerdo con las edades de cada niña y niño. (p. 9).

Considerando que lo anterior como el horizonte de sentido del cuidado infantil, es posible encontrar en el escrito un rasgo relevante que se encuentra en el hecho de definir dicho lineamiento desde lo que “no es”. Sin embargo, aquello que sí es, se puede encontrar en las acciones de las formadoras en la fundación, puesto que, visto desde lo asistencial los niños y niñas deben asearse, alimentarse y acogerse a unos hitos del desarrollo, y visto también desde la necesidad de vinculación afectiva, ellos y ellas, deben conseguir prepararles para vivir en “sociedad”, así pues las adultas les apaciguan si lloran, les enseñan normas sociales como “no golpeamos” o “no gritamos”, y comparten esas formas del amor socialmente aceptadas por medio de abrazos, besos, cariño y juegos... Y todo esto puede ser el ideal, la problemática surge cuando recordamos que esos niños y niñas no dejan de ser productos, son estas infancias un referente de lo esperado socialmente, y la labor se cumple en las ocasiones en que los niños y niñas atienden a las condiciones sociales que les son impuestas, es por eso que hay elogios para quienes se acoplan de mejor manera al mundo adulto y sus dinámicas, porque la realidad infantil y su valía son relevantes en tanto esto asegure una participación adulta aceptada, “ser un ciudadano de bien” (Mantilla et al., 2020) .

Esto en relación con las instituciones de protección, en las que habitan niños y niñas con historias familiares que se explican por el simple hecho de estar ahí y en las que los adultos no siempre logran acompañar enteramente a cada niño y niña, puede o no desvirtuar, no solo a los niños y niñas, sino a los adultos, adultos agotados por la obligación de entregar “resultados”, queriendo a tantos infantes como les es posible, todo eso mientras son ellas, personas con una realidad propia. Por su parte, los niños y niñas, como producto pierden sus recursos personales, porque si el objetivo es la tranquilidad y esta se confunde con pasividad ¿importa cómo llegó ese niño a la pasividad? Si el objetivo es que los niños y niñas aprendan a cuidar de sí mismos ¿importa cómo aprendieron a comer solos y cómo aprendieron a ir al baño solos? y si el objetivo son niños y niñas que interioricen y desarrollen sus emociones ¿importa cómo aprendieron qué es el afecto y cómo darlo? Sí, sí importa, por supuesto que importa porque eso hace parte de su humanidad, pero ¿importa el “cómo” cuando hablamos de productos?

Y teniendo en cuenta todas estas variables, aún es posible cuestionarse ¿Qué hacen las formadoras? ¿Qué hacen las abuelitas?, más allá de sus actividades pagas, ellas co-construyen identidad con los niños y niñas, les devuelven las sonrisas tempranas, reconocen y nombran sus tristezas o dolencias, doblegan sus espaldas para acoplarse a la altura de los infantes para enseñarles a caminar, en algunos casos incluso olvidan que ese es el rol laboral y pasan simplemente a ser ellas.

El cuerpo como territorio de vínculos

Mientras continuaba extrañado a Kelan otros niños y niñas llegaban, el más retador es Emet. Emet es una extensión de la existencia en Juguetones, porque yo realmente estaba combatiendo con la idea de cohabitar de nuevo con estos niños y niñas, el grupo había cambiado por mucho desde la primera vez que estuve ahí, los niños y niñas que inicié acompañando ahora

se encuentran en el grupo que acompaña Anita (quien acompaña a pequeños, el grupo que le sigue a Juguetones) y hay nuevas almitas que ver y cuidar, pero que me remueven la sensación de abandono que, sin querer, estos niños anteriores me han permitido reconocer.

En la fundación, uno de los retos más complejos consiste en encontrar el intermedio entre cuidar como lo hacemos los profesionales en primera infancia sin desatar el malestar de las adultas (formadoras y abuelitas) que, además de estar en el espacio previamente, también son mujeres mayores que no suelen ceder fácilmente a estas ideas que acompañan lo contemporáneo del cuidado, para ellas cuando relatamos nuestros enfoques sobre cuidar desde el acompañamiento y reconociendo a los infantes, nos estamos convirtiendo en esta nueva ola de “crianza respetuosa” en la que se pierden los límites, y a la que muchos adultos denominan como malcriar. Ese fue el primer momento de intensidad que viví en la fundación, uno en el que la abuelita intentaba que un pequeño parara de llorar dándole, casi a la fuerza, un pastel que él no quería recibir, mientras yo por el contrario quería cargarlo para ayudarlo a calmarse, las acciones de la abuelita estaban enfocadas en que él pudiese llegar a la calma, porque, efectivamente, ambas queríamos lo mismo, son los mismos fines pero distintos medios y eso es lo que nos lleva a este combate silencioso entre “nosotras” y “ellas”. Entre cuidar por medio del acompañamiento y cultivando el vínculo, al “Eso no es lo que ellos y ellas necesitan”.

Para ejemplificar lo invisible en lo visible, recuerdo un momento con Stef, una de las niñas de Juguetones. A ella le atribuían eso que las abuelitas llaman “voluntad”, como si fuese un exceso. Una vez escuché a una de ellas decir, casi sin pensarlo demasiado: “Hay que romperle esa voluntad”.

Era la hora del almuerzo. Los niños empezaban a sentarse, pero Stef no quería irse de los columpios y el llanto apareció como suele aparecer en ellos: primero pequeño, luego inmenso, hasta convertirse en un grito que ocupaba toda la fundación.

La abuela, con su tono dulce, insistía una y otra vez: *Stef, mi amor... vamos a comer...*

Pero Stef no respondía. Su cuerpo se retorció en la silla, pateaba, como si lo único que pudiera decir fuera eso: no. Yo, admito que también frustrada también, la cargué. Caminé con ella en brazos intentando nombrar lo que pasaba, como si nombrarlo pudiera sostenerlo: *Es hora de comer... yo sé que quieres jugar...*

Una formadora se acercó a pedirme que la sentara, que había que respetar la rutina, pero sentarla así no tenía sentido y esa fue mi respuesta casi inmediata, Stef no iba a comer desde el desborde. Seguimos así, ella y yo, caminando, hasta que encendí un ventilador. El aire la tocó y, de pronto, el llanto se detuvo.

La abuela me miró como si yo hubiese hecho algo extraordinario: *Laura, decime qué hiciste... Necesito la técnica.*

Y yo solo pude responderle la verdad: *No hay, abuelita... yo tampoco sé qué hice.*

No saber lo que hacemos también hace parte de ese rol como cuidadores, puesto que las comprensiones adultas, en muchos casos, escapan de lo que habitan los niños y niñas, es este elemento del aquí y el ahora retornando, es cierto que Stef requería una rutina porque le permite comprender y avistar el mundo sin incertidumbre, pero en este caso, Stef también requería un cuidador que, conectado con ella, aceptara ese momento de desborde. Como parte de esa “técnica” que la abuelita me pedía solo pude decirle: *No la deje sola, abuelita, aunque ella esté molesta y enojada, aunque grite, usted quédese con ella.* Y en medio de ese no saber, me atrevo a pensar que ella no peleaba por ir más tiempo a los columpios, peleaba porque su malestar fuese

reconocido y acompañado, peleaba para ser ella en los ojos adultos. Esa escena me resuena, también por el lugar que como adultos ocupamos en ello, Lacan nos menciona (1988): “El niño aliena en él todo acceso posible de la madre a su propia verdad, dándole cuerpo, existencia e incluso la exigencia de ser protegido” (p.56). En estas relaciones, abuela - nieto, los niños y niñas empiezan a explorar los límites de sí mismos y es con ellas que construyen su realidad, como ya mencioné son ellas sus referentes culturales e identitarios, en un contexto institucional en el que los infantes como Stef luchan para no ser un objeto, sino por encarnar el deseo de quienes han reconocido como su Otro, esas abuelas y formadoras. A su vez, este relato me invita a cuestionar las observaciones y reflexiones que nos permitimos con el otro, en este caso el otro que consideramos nuestro par (Practicantes y Abuelitas/Formadoras). La observación, la primera y la del momento de choque, nos invita a cuestionar a las personas que brindan cuidado desde lo operacional, ¿Por qué le habla así? ¿No se da cuenta de que ese niño no quiere comer? ¿Por qué se dirige a ese niño con ese nombre? Porque son estos elementos los que, de manera inmediata, nos devuelve a nuestro rol como profesionales en primera infancia y podemos decir: Yo no hago o no haría esto. Sin embargo, es mucho más complejo que eso, las respuestas mecanizadas, las acciones invalidantes, los hechos de invisibilización y las formas de distancia afectiva, también son sucesos a los que las cuidadoras primarias deben acogerse, porque además de ser cuidadoras, son colaboradoras, son trabajadoras, están en ello por y para un fin.

Y, aún así, incluso en medio del reclamo que le hago al sistema de protección infantil por su constitución de reglamentaciones que buscan mantener vivo a un objeto y no darle vida a un sujeto, hay también momentos de dulzura que nacen desde la espontaneidad que habitamos cuando uno accede al vínculo con estos niños y niñas. Emet y yo hemos forjado una relación cercana, una en la que él, afectuosamente, espera que sea yo quien dé respuesta a sus exigencias

y le acompañe en los diferentes momentos del día, mientras al mismo tiempo, y gracias a él, me encuentro observando y viviendo en él las dimensiones del vínculo que busco comprender y describir aquí.

En los primeros encuentros con Emet, era observable como al dirigirme a otros niños, él desplegaba acciones para sostener la atención. En algunos casos, si mi cuerpo se encontraba frente a él y yo me dirigía a otro niño, Emet gritaba para que lo volviese a mirar; y cuando cargaba a algunos bebés que aún no caminan, Emet se sentaba en mis piernas, nunca removiendo al bebé directamente, pero sí buscando obtener ese espacio. Más allá de la idea general de los celos, parecía existir en el niño una vivencia del adulto como eso de lo que se dispone. Esto, inicialmente conflictuaba la forma del vínculo, porque era necesario que ambos comprendiéramos lo que estaba pasando, él por medio de la aceptación de que es necesario que acompañe a sus compañeros como la primera forma de dimensionar que no siempre estaré en cuerpo presente, y para mí desde la premisa de que no soy su único referente de cuidado, ni de que el niño debe ser mi hijo para compartir con él esos elementos que “le permitirán llevar a cabo su vida”, como una forma de habitar que el rol profesional invita a brindar a los niños y niñas los recursos para vivir en el mundo sin que el adulto sea un indispensable, de esta forma, es que hemos descubierto métodos de existencia, sin que habitemos la presencia exclusiva y permanente. En este sentido, la presencia es ese algo que no solo existe mientras el adulto se encuentra frente al niño, sino que se extrapola e inviste al niño como sujeto, y los objetos inanimados con los que él mismo se permite representar a ese adulto, tal como los objetos transicionales representan la presencia de ese adulto ausente (Winnicott, 1975). En la cuna en la que duerme, yo me siento frente a él en el suelo y Emet estira sus pies a través de los barrotes.

Ese momento se volvió recurrente. Emet ya estaba en su cuna y yo me sentaba en el suelo, justo al frente. Él pegaba la cara a los barrotes, estirándose lo más que podía, esperando su besito en la frente como si fuera un acuerdo silencioso entre los dos.

Una tarde, casi sin pensarlo, empecé a hacerle un masaje en los pies. Canté Las flores del caracol, una canción que me acompaña desde el pregrado, de esas que se quedan en el cuerpo como un recurso para estar con las infancias. Emet, por su parte, se acunaba con una tonada propia, una melodía sencilla pero de cariño, [una tonada muy colombiana](#).

Los masajes empezaron en los pies y fueron subiendo por las piernas, por los brazos, en caricias largas, sin levantar la mano, como si el contacto pudiera decirle: aquí estoy. No sé en qué momento levanté la mirada y vi otros ojos mirándome desde las cunas; el niño de al lado también estiró su pie, después otro, y otro. Me dije, casi riéndome por dentro: ¿en qué me metí? Ahí estaba yo, pasando cama por cama, recibida por cuerpos pequeños que se recostaban apenas me veían llegar. Algunos reclamaban con pequeños gritos, otros se entregaban en silencio. Y Emet, por primera vez, no se quejaba. Emet me compartía.

Con el tiempo, conocí a un niño que confiaba en la continuidad. Una tarde le dije: “Mi amor, ya es hora de dormir”, y se acostó sin llanto. Otro día le pedí que me esperara un momento, que ya volvía, y cuando regresé me recibió con su típico “[Ayyy](#)”, tranquilo, como si hubiera descubierto que yo podía irme... y también volver. Villalobos (2014) nos explica cómo esta construcción del sujeto, de ese sujeto que se permite momentos de privacidad y soledad (la espera), es una conquista que posibilitan los adultos cuidadores que, en esos encuentros con los niños y niñas, proporcionan una sensación de bienestar en el infante y, a su vez, dotan esos encuentros de emoción y disfrute, elementos que permiten en el niño una sensación de totalidad (p. 235).

De ese modo, gracias a Emet, la idea de enriquecer la cotidianidad por fin tuvo un sentido para mí. Esa había sido mi propuesta desde el principio, porque me perturbaba la idea de “hacer cosas para el futuro”, sin comprender a esos niños y niñas que habitaban esa fundación. Diseñé entonces un dispositivo que buscaba momentos de relación entre las adultas cuidadoras y los niños y niñas, sin hacer de ese dispositivo una nueva carga para las profesionales cuidadoras y sin generar cambios abruptos en la rutina de los niños y niñas, en este caso el objetivo se ubicaba en encontrar formas de enriquecer las disposiciones ya existentes por medio de diferentes lenguajes lúdico - estéticos, con el fin de explorar otras formas de encuentro y sostén del vínculo entre las cuidadoras y los infantes.

Los vínculos de cara a la lógica institucional

Abordaje: Guía de los guardianes del sueño

Al querer retomar los momentos de la rutina que ya existen, el primer abordaje se realizó en el espacio de preparación para la hora de dormir, ya que a pesar de que los horarios en la fundación son marcados, este momento de sueño no siempre parece consistente con lo que se les solicita a los infantes. En este caso, por ejemplo, al ser el mismo momento en el que las abuelitas terminan su turno, algunas de ellas se despiden con voces y risas fuertes que despiertan a los niños y niñas, y además de la siesta del mediodía, el sueño de noche se inicia cuando aún hay luz solar, a eso de las 4:30 de la tarde. Diversos niños y niñas se acoplan a la rutina, se les observa quedarse dormidos aún en sus sillitas del almuerzo, pero para otros, conciliar el sueño es difícil y las cuidadoras optan por dejarlos solos en la sala, observándolos permanentemente sí, pero como una forma de no ser ellas mismas una distracción para el sueño del niño o niña.

Es por esto que el primer momento de esta labor consistió en replicar esos masajes que yo hacía con Emet, y, al mismo tiempo, pedirle a las abuelitas que pudieran compartir con sus nietos algo de ellas, “lo que te nazca” era la premisa, y entre tanto, así sucedieron las cosas.

En este primer abordaje, de manera individual, me acerqué a las abuelitas, a quienes previamente ya les había invitado a participar en una pequeña actividad. Por medio de una conversación uno a uno les compartí la misma frase: *La idea del masaje es que la relajación les permita anticipar a los niños que es hora de descansar*. Del mismo modo, les brindaba aviso de que podrían conversar y compartir con sus niños alguna cosa que les naciera. También les compartí que podían cantarles o mediar con la sonoridad que emergiera de ellas, todo con la finalidad de prepararlos para dormir.

La abuela Lila fue la primera, antes de iniciar la explicación me dijo: *hija, pero me hubiera avisado antes*. Con un tono elevado y movimientos veloces, caminaba de las cunas hacia los cepillos de dientes, para cepillar a sus dos nietos. Hice uso de un tono de voz bajo y de palabras pausadas para solicitarle que invitara a los niños a dormir con un masaje.

En respuesta, la abuela, con el tono de voz fuerte que la caracteriza, decidió hacerle el masaje solo a Kele diciendo: “*él (su otro nieto) conmigo no duerme, no, con él no*”; a esto yo respondí que estaba bien y que yo podía hacerle el masaje al niño sin problema.

Mediando la interacción por la palabra, la abuela Lila le decía a Kele: *Ya, a dormir, a descansar para que puedas jugar en la tarde*. Mientras le acariciaba la espalda con movimientos enérgicos, cerca del final del masaje, con firmeza le dijo: *¿Dónde va la mano?*, en este caso con Kele porque el niño tiende a succionar su dedo pulgar y masticar la uña del mismo, para lo cual la abuelita, buscando que el niño no se lastime más el dedo le ha acostumbrado a dormir boca

abajo, con ambos brazos extendidos a los lados del cuerpo, después de esa pregunta el niño inmediatamente movió sus brazos que estaban cerca de su boca.

El siguiente caso fue el del colaborador encargado del área de terapia ocupacional y Anna, me acerqué al funcionario de la fundación con la misma explicación, la de iniciar un pequeño masaje que aviste el sueño, y solicitando que pudiese compartir con Anna algo que le naciera contarle o cantarle. Inmediatamente él, con un brillo en sus ojos provocado por estar a punto de llorar, me respondió: “eso no, aún no estoy listo”, le dije que estaba bien y que, igualmente podía contarle alguna cosa, aceptando que él se encontraba sensible por la despedida con una niña con la que había gestado un vínculo y a la cual adoptaron. Sin embargo, a pesar de su negativa, lo observé recostarse junto a Anna por unos minutos, sin palabras de por medio, la proximidad acompañó el encuentro y Anna se quedó dormida.

Flor, la abuela de Andrea, tiene una cualidad musical muy particular. Con atención escuchó mi petición de hacerle masaje a la niña, así que ella misma le dijo: “Gorda, vamos a dormir”. Aunque tuve que desviarme para estar con los niños que no tenía abuela presente, podía oír a lo lejos una canción personalizada para Andrea con palabras sencillas: “Andreaaaaa, es hora de dormir” en un tono de ópera bufa y gutural, cual ballena madre arrullando a su ballenato, hasta que eventualmente, vi a la abuela totalmente acostada en la cama, con el cuerpo dispuesto a la niña, el cuerpo de la abuela se encontraba extendido a lo largo de la cama, Andrea se encontraba entre su abuelita y la pared, sin ningún otro objeto o distractor. Esa cuidadora se convirtió en el refugio de la tranquilidad de la niña, protegiendo en ella ese sueño que llevaba ya buen rato llamando, un cuerpo que daba la espalda al mundo y el frente a la niña, como avisando: caminen con cuidado, pues yo he venido aquí para protegerla.

De estas formas, de estos adultos, es valioso observar cómo hay tantos métodos del cuidado, tantas como personas hay en el mundo, porque responden también a la constitución de cada uno; mientras no se sigue un libreto ni un lineamiento, sino que la invitación es a expresar aquello que somos cuando estamos acompañando un momento de tanta vulnerabilidad como lo es la hora de dormir, se gestan acciones que no determinan lo correcto o incorrecto, sino que iluminan el camino a organizar estilos de acompañamiento diversos e inclusive fusionables.

Aunque hice varios masajes, el del Mono es el que quiero relatar ahora, pues observaba como sus ojos me seguían cuando pasaba por las camas de los otros niños. Cuando llegué con la crema en la mano, extendió su pie izquierdo hacia mí y sonrió. Empecé a hacerle pequeños masajes en los pies mientras cantaba: Mono, Mono, es hora de dormir. Y el niño, sonriendo, estiraba la siguiente extremidad de su cuerpo que quería que acariciara. Aunque el Monito no alcanzó el sueño, porque justamente es uno de los niños que tiene mayor dificultad para dormir, sí se mantuvo tranquilo y silencioso, en otras ocasiones después de que lo han puesto en su cama, él se levanta; esta vez, se mantuvo acostado.

Al igual que con Emet, ese momento con el Monito se convirtió en la ilustración de las teorías que nos brindó la profesora María Eugenia Villalobos en distintos cursos del pregrado. Abarca en mi memoria una infinidad de momentos en los que me perdía en sus explicaciones, mismas que ahora comprendo gracias a los Juguetones. Lo que ella, Villalobos (2014), denomina como “Certeza del ser”, esa consciencia del niño que descubre que sigue siendo él, la plenitud en la que se reconoce a sí mismo a lo largo del tiempo y el espacio, la tranquilidad de un Mono que no necesita agitarse para solicitar la presencia de un adulto y la espera de un Emet que consiguió representar mi ausencia en mi retorno son elementos que denotan su constitución subjetiva propia (p. 252).

Sin embargo, esas conquistas no solo se sostienen en los momentos íntimos de vínculo, sino que también se convierten en un juego, a veces de terror, dentro de lo institucional. Eso que apareció como un gesto sencillo y dio paso a un abordaje, también abrió preguntas que desembocan en elementos del duelo. Como profesionales en Primera Infancia, habitamos una confusión entre aquello que debemos hacer, es decir, lo esperado por la institución, y aquello que “realmente hacemos”. Esa fue la primera instancia de pérdida que habitamos en la fundación, pues en el encuentro de saberes con otros profesionales, también hay discordancia.

Rememorando aquel dispositivo que medité, pero que no se dio debido a la pérdida vivida, recuerdo los momentos de duda y preocupación por si esto sería admitido como parte de mi práctica, puesto que aun dando esas bases académicas que hemos ido recolectando a lo largo del pregrado, era difícil recibir la aceptación de los profesionales que, al igual que nosotras, también se encargaban de cuidar de los niños y niñas.

Esta experiencia de la pérdida al principio parece brotar desde el ego profesional, puesto que renunciamos al deseo a cambio de suscribirnos ante aquellas personas que habilitan nuestras acciones. Subvertir este desencuentro se convierte en una suerte de laberinto de espejos, en el que observas como te chocas contigo misma constantemente. “No puede volverse personal” es lo que recuerdo de los diferentes momentos en los que compartía mi malestar.

Dos cosas me quedaron rondando después de esos encuentros en los que una siente que no encaja del todo. La primera: que, a veces, en estos espacios, una termina aprendiendo a acomodarse, no porque renuncie a lo que cree, sino porque hay una estructura previa que decide, que ordena, que delimita lo posible, en otras palabras, como practicante (e incluso como persona joven) estas al final de la cadena alimenticia. Y la segunda: que muchas historias no se escriben

desde quienes cuidan todos los días, sino desde quienes miran, supervisan, reglamentan, llegan de visita, conocen sin conocer y se van.

Esa tensión no atraviesa únicamente a las practicantes o a las abuelitas. También atraviesa a los niños. Porque incluso lo más cotidiano como esperar, dormir, llorar, moverse, buscar a un adulto, sucede dentro de límites que no siempre responden a lo que el niño está viviendo, sino a lo que la institución necesita que ocurra.

Ahí empecé a comprender que el vínculo no es solo ternura o afecto, a expandir la idea de que el cuidado es lo que se hace pero también lo que se deja de hacer. El vínculo también es un lugar que puede tornarse frágil, más si es sostenido en medio de lineamientos, y en medio de esto la labor debe ser también una forma de resistir a la idea de que el cuidado puede volverse únicamente operativo. Y fue, en medio de esa reflexión sobre lo permitido y lo negado, que esa grieta tomó la forma de un precipicio, uno en el que siento que yo también caí, para así convertirse en el hecho tangible que mencioné al final del capítulo uno.

Capítulo 3: Cansando a la luna

Que tengan cuidado esas manos, pensé, que se mueven con destreza, que no toquen lo que no hay que tocar. Que no te hagan daño, Leticia, y que no te asustes, porque no hay nada que temer.

Fragmento de *El ruido de las cosas al caer* - Juan Gabriel Vásquez

Los engranajes oxidados del sistema

Antes del despues, esta el sistema. Lo que denominamos como el sistema de protección infantil, ese que determina lo que es o no es un infante, y el mismo que se ha ido alineando a corrientes de pensamiento que le permiten desarrollar lineamientos. La normativa que nos habla del cuidado a la primera infancia parece poseer una cualidad maravillosa: se encuentra perfectamente escrita.

Más allá de aquellos elementos que habilitan la normativa, los niños y las niñas en los lineamientos parecen estar escritos de maneras claves y específicas; es de ese modo como nos permitimos decir que la primera infancia obedece a un rango de edad, o como nos identificamos con conceptos como desarrollo integral, hitos del desarrollo e, incluso, leyes con nombres más pedagógicos como “La ley de la chancleta”.

Sin embargo, a la hora de referirnos al cuidado y la infancia, es innegable aceptar que nada es tan exacto como se piensa, ni siquiera cuando uno conoce y reconoce a los niños y niñas con los que tiene acercamientos, porque es esa labor de cuidado la que encarna el dicho: nada es lo que parece. Y son los niños y niñas quienes encaminan muchas de las labores que como profesionales nos atrevemos a hacer, sus intereses y necesidades son latentes cuando se espera que la actividad de acompañar sea coherente.

Aún así, los lineamientos parecen habitar una ambigüedad conflictiva, la normativa y su escritura, como se identificó en capítulos anteriores, en algunas ocasiones nace desde la negativa, desde aquello que no se debe hacer o aquello que no es, y esto ya nos permite realizar una primera acotación a la política pública: si uno debe empezar explicando desde la negativa es porque esa explicación que quiere dar no es tan sencilla como se aparenta y ahí la norma revela su dificultad.

Cómo entonces, sí encontramos en los espacios de protección que las formas de cuidado son tan privadas y personales, ¿Cómo se llega a decir “lo esperado” en una sociedad infantil tan diversa? y aún más, en una sociedad infantil atravesada por el cuidado institucionalizado. Esto no es más que la afirmación, incluso desde una ley aparentemente bien escrita, de que se requiere proximidad; es por ello que escribir el siguiente apartado es crucial para mí, puesto que retoma todo aquello que vivenciamos en ese temido después, porque evoca el momento en que empezamos a tener razones para dirigirnos a un sistema y evaluar, con conocimiento de causa, qué es eso dicho desde palabras pomposas, grandes y académicamente llamativas que sí se aproxima al cuidado de la primera infancia.

El juego del desconocido

Cual existencia de Cristo marcando el tiempo, este es el después, el después de nuestro Lucca. El retorno me invitó a cuestionar, nuevamente, mi rol profesional, porque la presencia de ICBF en el espacio hacía que todo se tornase rígido; en algún momento del pasado le dije a Anita: *A veces me siento en un zoológico cuando hay visitas o supervisiones de entidades, nos observan (en especial a los niños y niñas) con pesar, somos pobres necesitados*, Anita (eventualmente) asintió para darme la razón, como si el mismo pensamiento viviera en ambas.

Y la visita de ICBF no evocaba una sensación diferente a esa del zoológico, con el rasgo curioso y permanente, esa mirada vigilante, de aquello que no se logró. Y en medio de una conversación con una de las abuelitas surgió la pregunta que ninguna quería hacerse: ¿Qué fue lo que nos pasó?

Ninguna sabría responder a esa pregunta porque responder evoca justificaciones que son tan dolorosas como el mismo acto que convocó a la duda. Por otro lado, ese después se encontraba lleno de miradas de adultos perdidos en sí mismos y a la vez alertas por la presencia de ICBF, era esa situación el realismo mágico que se le atribuye a nuestro país, como cuando quise dibujar a los niños y niñas para recordarlos, de la misma manera en la que dibujaba el perito encargado del croquis; y cuando los uniformes que eran parte de un recurso para identificarnos se convirtieron en prendas que no debían llevarse en la calle durante “estos” momentos, y claro que para nada se parecían a esa bata de la médico forense que, en medio de nosotros y junto a su equipo, caminaba reconstruyendo los hechos.

Emitido por el Congreso de Colombia (2006), según el art. 8 de la ley 1098 de 2006, Código de infancia y adolescencia, el interés superior del niño exige que todas las personas garanticen “satisfacción integral y simultánea de todos sus derechos humanos, que son universales, prevalentes e interdependientes” (p.11). Este interés superior es justamente lo que ICBF intentaba sostener al visitar la fundación, todo por medio de los protocolos de supervisión definidos en sus distintos lineamientos, y, claro, con la presencia de otras entidades gubernamentales.

Sin embargo, al constituir estos protocolos pareciese que se retoman ideas que terminan por objetivizar a los infantes y sus cuidadores, ideas que responden a mantener con vida a un organismo sin sostener al sujeto, dichas comprensiones en las que se media y regulariza la vida

en función de las concepciones de algunos; ese es un discurso extenso, en el que nos cuestionamos ¿Cómo orientar a la primera infancia que habita en los espacios de protección con un enfoque en la vida cotidiana? Esta pregunta nace desde el primer momento en que se convive con los niños y niñas, y en los que se les observa despojados de su historia y relatos familiares debido a que su existencia se encuentra en un hogar de protección, y las normativas, en el afán de buscar la supervivencia infantil y mediarla, a fin de constituir en los niños y niñas eso espera, parecen detener la subjetividad de los infantes, toda vez que su existencia responda a cumplir con estándares de vida no realistas, ni singularización, inclusive en aquellas políticas en las que se busca que el emerger el individuo (Carli, 2017). En Colombia, antiguamente existía el decreto 2737 de 1989 “Código del menor” que fue derogado por un código “más acorde”, con un nombre que no definiera a los niños y niñas como “menores” o menos, el Código de Infancia y Adolescencia, en este el Congreso de Colombia (2006) reafirma a la infancia y adolescencia como población titular de derechos, más puntualmente: sujetos titulares de derechos (p. 10). Pero, ¿qué sucede cuando la ambigüedad legal es tan grande que denominar “sujetos de derecho” a los niños y niñas termina por convertirlos en elementos a los que hay que proteger sin considerar tan siquiera qué significa la protección?

Esto nos brinda luces de ciertas ausencias que habitan a aquellos que piensan, constituyen y transforman la legislación, ya que, en lo tangible de las despedidas con los niños y niñas que fueron reubicados, observábamos a defensores de lo familiar llegar de la nada y decir: *me llevo al niño*, u otros defensores cuestionando el silencio de esos niños y niñas que se estaban llevando, dudando de si algo sucedía, sin darse la mínima oportunidad de preguntarle directamente a ese infante que buscan proteger. Eso, en contraste con abuelitas que al recibir la noticia de que sus nietos serían trasladados, parecían querer volar para compartir con ellos y ellas

un último momento; o el comentario de una de las formadoras que tan dulcemente dijo: *Estoy feliz de que Pau se vaya con su familia, a mí eso me tranquiliza mucho porque esa niña es mi hija desde que llegó aquí.*

Por otro lado, vale resaltar que las instituciones de protección y todos los resultados que conllevan la existencia de un niño o niña en ellas, han sido estudiadas ampliamente en muchos países, en un estudio reciente, en Australia, Lima et al. (2024) afirma que el 70% de niños y niñas que ingresan al sistema de acogida siendo bebés presentan vulnerabilidades en su desarrollo, e igualmente que uno de cada cinco lactantes presentaba problemas socioemocionales. A su vez, Monette et al. (2025), en un estudio en el que se buscaba comparar los trastornos mentales entre niños y niñas bajo tutela estatal y aquellos que se encontraban en comunidad, se encontró que al menos el 79% de los niños y niñas en acogimiento residencial podía ser diagnosticado con un trastorno mental concluyendo que sí es significativo el porcentaje de infantes que, bajo la tutela del estado, presentan dichos trastornos.

Lo anterior es relevante en el sentido en que, si hacemos una comparativa con respecto a las necesidades de los niños y niñas que se encuentran en estos espacios y nos cuestionamos qué les hace falta para alcanzar la bondad de la vida en comunidad o familiar, una variable parece tomar mayor fuerza. Si hablamos del espacio de práctica, los niños y niñas tenían acceso a alimentos y suplementos o multivitamínicos, ellos y ellas eran llevados a diferentes revisiones médicas y/o terapias de rehabilitación, además de contar con acceso a los servicios higiénicos necesarios para que el principio de salubridad se mantuviese, e igualmente, los infantes en edad escolar se encontraban escolarizados, y esta escolarización se daban también en función de sus necesidades. Con todo lo anterior, retomo aquí esa misma pregunta: ¿Qué fue lo que nos pasó?

En aras de definir que, de ninguna manera, mi enfoque se encuentra en buscar la inocencia de la fundación, o discutir con el lector esas faltas y ausencias que en ella se dan, sí quiero acotar que esto, además del después de Lucca, se trata de comprender las falencias de un sistema de protección infantil que protege niños y niñas que no conoce, un sistema de protección infantil cuya reglamentación no se encuentra enfocada en salvaguardar al sujeto, un sistema de protección infantil que, a diferencia de lo que reza, se encarga de velar por estos niños y niñas de una manera fría y distante, un sistema que regulariza, clasifica y administra la vida de estos infantes, que a pesar de expresar su interés por velar por las infancias, las mantiene con vida por medio de un sistema biopolítico, mientras que convierte lo interpersonal en aspectos medibles y cuantificables, los riesgos y las necesidades sólo son visibles si se amenaza la vida, aunque la misma haya estado pausada anteriormente (Mantilla et al., 2020)

Y aquí, me permito pensar en mi padre, en esa figura paterna que intentó representar a lo largo de mi infancia, pero de la cual no pudo hacerse cargo, recuerdo sus palabras: *No hay un manual para padres, ojalá hubiera para no equivocarme*. Y pienso en esa Laura niña que poco comprendía las llamadas de auxilio de mi madre a mi padre, cómo buscando en él la forma de ponerme límites, a su vez, pienso en esa Laura adulta que muchas veces pensó en lo absurdo de aquel hombre que buscaba educarla sin siquiera saber de ella y, por último, pienso en el rol que he adoptado para cuidar de mi padre, aun reconociendo sus falencias.

Piense usted, mi querido lector, en el estado y la legislación como aquel padre ausente; le invito a pensar en la normativa del ICBF como las reglas que me impuso mi papá sin saber ni siquiera mi color favorito; piense en las acciones desesperadas de ICBF que buscaban salvaguardar las vidas de los niños como mi madre, que viéndose extralimitada solo podía acudir a esta figura ausente: mi padre; piense en los defensores de familia como esos tíos lejanos a los

que usted poco ve y con los que poco interactúa mientras le dicen: *Salude, no ve que es su tío...*

Y piense, por último, pero no menos importante, en los niños y niñas que, sin aviso ni informe, fueron removidos del que era su hogar, ante las miradas dolorosas y atónitas de quienes se habían convertido en su familia, ¿Cuáles son los efectos emergentes en el niño cuando debe desprenderse, ahora por segunda vez, de lo que conocen como hogar y qué de lo que este hogar a construido en ellos les permite sostenerse en medio de la ruptura? ¿Qué aspectos de la subjetividad infantil salen a flote cuando niño o niña, habiéndose encontrado en el deseo de un adulto cuidador, es orillado a ser objeto del papeleo estatal? ¿Qué atraviesa a las cuidadoras en estas despedidas y de qué manera se les acompaña en el reconocimiento de los recursos que cada una ha aportado en la subjetividad de estos infantes?

Palabras sordas en oídos necios

Eco musical sugerido:

Manos de mujeres - Marta Gomez: Para acompañar el respeto que adquirí con quienes me enseñaron lo que quería ser.

Los cuestionamientos que emergen desde lo sentido esconden mucho de nosotros mismos. Es porque cuando nos permitimos dudar sobre aquello que emerge en el niño, estamos hablando de una forma de extender el cuidado, porque parece una manera de decir: ¿Quién cuidará a los infantes que sentimos como nuestros?

Ese quien, ees quienes, es el que eje central de este apartado. Son las mujeres que habitan el cuidado en el ámbito de protección las que se convierten en el principal objetivo si es que lo esperado no sucede, y sí, la responsabilidad ante lo negativo existe, pero las perfora en un contexto en el que su dolor no siempre es escuchado, y no parece ser habitado por la normativa que tanto nos indica nuestros deberes.

Las despedidas, tal como las conocemos en el sistema de protección, son diversas.

- Hay un adiós buscado, el de las ilusiones adultas que desean un hogar para los infantes.
- Hay un adiós no tan adiós, en el que por alguna razón los niños cambian de abuela o cuidadora.
- Hay un adiós inminente y querido, por adopción o reintegro, doloroso y evocador de suspiros enamorados.
- Hay un adiós abrupto, uno que rompe todo a su paso, uno del que solo se sobrevive a punta de sueños.

Y son las mujeres que viven esas despedidas, las primeras a las que se les señala y acusa, a las que se les asegura como “descuidadas”. La pérdida, en todos estos aspectos, además de atravesar al infante, atraviesa directamente al adulto cuidador que está suscrito a un sistema que no le permite esa pérdida. Un sistema de protección que busca salvaguardar a los niños y niñas por medio de adultas en las que no parece estar interesado, a las que no se les permite sufrir y llorar, a las que denominamos y conocemos como “mujeres berracas”, todo en lo que parece una lucha por no reconocer el fondo de su labor, porque están ahí, al pie del cañón frente a situaciones que son insostenibles para muchos y muchas de nosotras.

Y aquí, habita una dicotomía gigantesca, ¿Cómo es posible que encarguemos el acto de cuidar a personas que no están siendo cuidadas?

Aún más porque estas despedidas múltiples no son eventos al azar, ni situaciones de una única vez en la vida, sino que de manera constante y casi permanente estas mujeres se encuentran en un duelo que no posee un único nombre, y ellas en privacidad te comparten los nombres de esos amores perdidos en una labor sin fin. Una labor que puede ser resumida como

un trabajo, que se remunera mediante un sueldo pero que no se paga por completo, porque no hay forma en la que te puedan retribuir el hecho de llorar en silencio en tu habitación, ni el hecho de añorar el abrazo de un pequeño con el que tal vez nunca te cruces nuevamente.

Es ahí, cuando esta distancia institucional toma forma, porque aunque el vínculo sea inevitable, existen matices que lo acompañan, dolores que pintan el acto de cuidar y que lo transforman, como seres humanos adquirimos distintas formas de existir en el duelo y esas formas no escapan de estas adultas.

Porque esa ambigüedad de la que hablé anteriormente habita en un contexto que no podemos desconocer: el del duelo constante. Me gustaría preguntar al lector, de manera sincera, ¿Considera usted que es la misma persona después de perder algo que ama? Y si su respuesta es similar a la mía ¿Por qué entonces a estas mujeres no se les permite sufrir?

¿Por qué hay un lineamiento para la muerte de un infante pero no hay un lineamiento para el adulto que ha perdido a ese niño o niña? Tanto así como que la niñez es algo impostergable, el dolor de la distancia y el duelo constante es un evento que se siente como algo impostergable, pero del que poco se habla y poco se expresa.

Porque mientras cuestionamos a un sistema de protección infantil que permite la vida de un niño o niña, que lo encamina a sobrevivir a todo costo como eje de un engranaje futuro, también es relevante meditar sobre esos lineamientos que incluso delimitan cuanto podemos dar, que definen cómo se debe querer por medio del cómo se debe cuidar, y que así mismo, sin decirlo, delimita hasta donde es posible el sufrimiento.

¿Cuánto puede doler? ¿Cuánto a estas mujeres se les tiene permitido sufrir? ¿Cuanto es que ellas pueden llorar? ¿Cuánto de la queja, del dolor y de la pelea serán posibles y suficientes? Y ellas, se convierten en el acto más importante de una función mágica, porque deben construir

vínculos profundos con los niños y niñas, deben ser ellas su forma de comprender el mundo y serán quienes les acompañan en esa constitución que tanto anhelamos, pero de ninguna manera puede sufrir si es que ese vínculo se llegase a perder o romper, porque para ello no hay tiempo, no hay espacio, porque para ello hay mirada que observan con cautela, que supervisan que las acciones de cuidado se hagan bajo lo establecido y de frente, ante esa mirada de quien ni siquiera tiene interés en conocerte, están las personas que se encargan del cuidado mientras son ellas mismas las que viven en descuido.

El duelo de las cuidadoras existe, es real y tangible cuando eres una de ellas e incluso cuando convives con ellas, pero no posee un lugar. Y esta es una de las tantas violencias que el sistema sostiene.

Con todo ello y más, el dolor toma forma. El duelo, sin dejarse esperar, se elabora. El llanto llega y a veces no se va, y unas sentadas junto a las otras nos observamos, nos encontramos en otras. La necesidad de reconocer que esos sentimientos que vivimos están allí no se suspende ni se queda esperando, porque el dolor habiéndose quedado y acumulado, adopta alguna u otra imagen.

Y sin la posibilidad directa de externar aquello que está sucediendo, el duelo emerge por partes... Mientras compartimos y conversamos sobre aquellos que ya no están, mientras esa abuela te cuenta sobre ese primer nieto que tanto que recuerda y ama, mientras como adultas cantamos esas canciones de infancia y esas tonadas que alivian por ratos, e incluso en esa rutina institucional tan marcada y a veces distante, que organiza la realidad mientras una siente desmoronarse.

Que no haya una legislación que hable de la elaboración del duelo en las cuidadoras no significa que el duelo no se elabore y que no exista, habla más bien de un faltante legislativo.

Porque en lo privado e íntimo, el duelo está vivo, y existe porque quienes nos reconocen como seres humanos, nos permiten construir el dolor para reconstruirnos a nosotras mismas, porque de alguna lado hay que aferrarse para volver a la vida que, de cierta manera, también se nos pierde un poco cuando dejamos ir.

Lo que me sostuvo mientras sostenía

Eco musical sugerido:

La esquinita - Vicente Garcia: entre lo buscado y lo encontrado, una canción para recordar los ciclos.

Aferrarnos para volver a espacios en los que ya nos encontramos en cuerpo presente es lo que se nombra aquí como elaboración del duelo, y es el hecho de sostener la vida ante la pérdida. Esta escritura, incluso siendo la respuesta a un requerimiento académico, es uno de los recursos que me permitieron entender más allá del dolor inmediato.

Sin embargo, antes de llegar a ese entendimiento, con ciertos gestos que encaminan la posibilidad de transformar la pérdida. Para mí, mis canciones melancólicas, que van despacio y te toman de la mano por sentimientos que cuesta nombrar... O las cartas, las que me permiten palabras que no siempre tienen el valor para salir de mi boca; e incluso, Natalia (mi mascota), que se sienta en la ventana junto a mí y mientras pasa la noche me observa con unos ojos que reflejan mi tristeza y acompañan mi estancia.

Son estos actos los que le explican a tu mente, tan atónita, que eso a lo que se quiere negar, sí sucedió. Esos recursos simbólicos que reconstruyen una realidad que parece falsa o imposible, un escenario impensable. Y que además, en silencio, te permiten admitir el dolor que a veces nos negamos; porque en un sistema que nos niega sufrir, de alguna manera debemos encontrar espacios para hacerlo.

Con el tiempo, se acepta que elaborar el duelo no implica superarlo, sino que se da cuando esta pérdida se transforma en admirar la vida. Porque esas pérdidas que solo se sostienen “a punta de sueños”, son las mismas que nos encaminan, en mi caso, con respecto al futuro profesional que al inicio parecía tan incierto; es así, como de alguna forma mantenemos vivos y presentes a aquellos que ya no están, esa se convierte en la forma de habitar el mundo con todo y sus ausencias.

Es así, como la idea del cuidado en espiral, retorna y se enriquece, porque el duelo y la pérdida no se sienten como dejar de querer o dejar de cuidar, sino que cambian de forma y nos permiten afinar nuestras ideas y destinar la energía de nuestras batallas.

Y esto, sostenernos a nosotras mismas aunque lo único que tengamos sean nuestros recursos privados, se convierte en la oportunidad para dignificar una labor que en ciertas ocasiones sentimos tan devaluada; mientras a las cuidadoras se les acusa si es que algo sucede como no se les espera, ellas laboran en un territorio que no tiene las garantías adecuadas para las responsabilidades que se les atribuyen.

Así navegan en mares con monstruos desconocidos, a veces sin mapa y otras sin rumbo, es así como se lanzan a ese abismo que es la pérdida y, por alguna razón, caen de pie. Es por esto que este trabajo existe, porque esta escritura también es una forma de cuidarme y una excusa para llorar cuando la sensación de pérdida me vuelve a invadir el cuerpo. Del mismo modo, esta es la constancia de los vínculos que construí, esta es la forma de que esos niños y niñas estén junto a mí cada vez que me pregunte mi profesión.

Nombrar es la forma que elegí para elaborar el duelo, en un contexto en el que el dolor no suele tener espacio ni lugar, nombrar es evidenciar que lo que nos niegan decir no deja de decirse, que

esos duelos se elaboran y merecen una elaboración que sea reconocida mientras nos cuestionamos el quehacer de cuidar a los niños y niñas.

Desde mis afectos: cartas

Carta a mis amados

Han iluminado mi vida, han iluminado en mi cada rincón que parecía oscuro, soy tan feliz de no haber tenido que fingir rudeza con ustedes, y fui feliz en cada discrepancia y disgusto, feliz cada vez que un adulto no me entendió, feliz en cada instante en que me miraron con rostros inciertos y evocaron en mí inseguridades adultas, feliz por dejar de ser cosas que debía ser, feliz por tan solo haber existido junto a ustedes.

Si mis deseos, con base en la fuerza con la que me habitan, se convierten en realidad, espero que la plenitud los alcance de la forma en la que me alcanzó a mi junto a ustedes. Deseo que caminen por senderos inciertos con pasos firmes; deseo que se arrullen a sí mismos en la oscuridad del mundo para que así espanten el miedo; deseo con una fuerza inexplicable que sus carcajadas (infantiles y adultas) resuenen hasta el último rincón del universo, y deseo, sin duda alguna, que me recuerden... aunque sea un poquito.

Yo prometo recordarlos cuando pueda ver el vaivén de las hojas cayendo, prometo recordarlos cuando encuentre un nuevo bigotito de mi Natalia (mi mascota), prometo recordarlos cada que a un niño o niña se le caiga un diente, y también prometo recordarlos con menos tristeza, para así más bien, hacer de ustedes motivos.

Carta a las abuelitas y formadoras

El conocimiento académico me brindó el valor para sentarme junto a ustedes, como una niña que se siente ante sus mayores y espera, con ansias, escuchar las historias que explican su vida. Esta carta es mi forma de agradecer y despedirme, aunque admito que quisiera encontrarlas en cualquier lugar, y que nos preguntemos cómo estamos... Abuelitas y profes, les debo el corazón, y quiero decir que el día en el que obtenga mi grado, ese día en el que sostenga mi título, van a ser ustedes una parte de ello.

Aspiro, abuelitas y profes queridas, cumplir los sueños que teníamos y que nunca nos dijimos, esos sueños que con picardía caminaban entre nosotras; sueño y deseo que nos recordamos con cariño, y que lo que sea que haya dicho a su lado, haya valido la pena. Espero haber obtenido la dureza de algunas, la sensibilidad de otras, el carisma de varias y ese amor que parecía interminable, espero que un día me salga de manera natural un: este parece hijo mío. Y solo pueda reírme a carcajadas por todo lo que terminé por parecerme a ustedes.

Carta a la fundación

Casita, sendero fiel, camino amable, riachuelo embelezador.

De nuevo quise vivir ahí, en un hogar de protección, pero esta vez como un efecto del compromiso que descubrí en el espacio. No me refiero a la físico, pero gracias por ser techo y refugio, gracias por ser fuente y conclusión, gracias por ser mi mirador y mi punto de partida. Han sido mi casa de espejos y mi guía para encontrar la salida, he comprendido que no simulan ser un hogar sino que realmente lo son.

Y espero que en sus días de tristeza, ustedes se alegren a sí mismos tanto como me alegraban a mí, deseo que por sus pasillos transiten y se encuentren otras profesionales, que al

igual que yo, aunque pérdidas, encuentren lo que será su futuro. Hogar, elegiste por mí un camino que no sabía que era capaz de tomar.

Carta a mis profes

Léanme, les quiero mandar esta carta apostillada y notariada, les quiero. Aunque no lo parezca y poco lo demuestre, sus palabras cultivaron mi vida. Ahora quiero ser flecha que impacta y enseña el camino, ahora quiero ser quien vea a esos niños piquiñas para encontrarnos piquiñando, ahora quiero enseñar a coser cojines y dar vueltas en el suelo, quiero tocar un pun-ta-pun-chu para que el ritmo haga bailar a los infantes, ahora quiero dudar de todo y encontrar respuestas en el cuerpo.

No quiero hacer terapia con piedras, pero sí que es verdad que ahora sé por qué escogí esta carrera. Quiero ser un poco más como ustedes. Un poco más hippie, un poco más entonada, un poco más fricativa. Quiero ser algo más analítica, quiero jugar con profundidad y sin miedo, quiero sentarme junto a personas y permitirles la seguridad que ustedes me han permitido, sueño con esa sensibilidad de ustedes, esa que encuentra belleza en lo cotidiano. Y ojalá me pregunten por qué soy así, les voy a responsabilizar.

Carta a Anita Silva

Mi siamesa, mi corazón de la montaña, mi Pance.

¿Qué habré hecho bien en la vida para merecerte? Tenía sentido estar de pie si tu lo estabas, y parecía más fácil la jornada si podíamos contarnos cosas en el almuerzo. Eres la hermandad que le dió el toque a esa práctica, eres el ser que sostuvo a este humano enloquecido, eres la razón por la que llegaba temprano y la excusa para ir a ver a mis Juguetones que se convirtieron en tus Pequeños. Mis palabras sentidas y a veces hasta

reiterativas encontraron su fin en tu escucha, y antes de hacer cosas me pregunto ¿Qué me detiene?

Que el mundo encuentre a alguien como tú, que les lean el alma como tu has leído la mía. Espero ser y estar, espero devolver todo lo que me diste, de grande quiero ser como tú, de grande espero ser un alma bohemia en el río y aprender a reconocer pájaros y árboles. No me cabe duda, y espero que a ti tampoco, eres excesivamente extraordinaria, y te ganaste a pulso tu faceta de mamá-papá, porque si caminé entre almas hermosas en la fundación sin duda una era la tuya.

Conclusiones

Este texto nace como una manera de entender el contexto de la protección infantil, reconociendo que no se trata únicamente de entrar en una institución, sino de vivir en un espacio marcado por historias dolorosas, relaciones ausentes, reglas, cuidados inmediatos y vínculos que se establecen de forma inevitable. A lo largo de la escritura, esto me permitió identificar que el sistema de protección se basa en una estructura que parece clara en el papel, pero que, en realidad, es ambigua en la vida diaria. Los lineamientos están redactados con exactitud, pero el verdadero cuidado se da en un ámbito mucho más complicado, donde lo humano no se incluye en ningún protocolo.

Al reconocer a los niños y las niñas, entendí que ellos son quienes guían gran parte de lo que ocurre. Sus gestos, sus necesidades y su manera de habitar la relación demuestran que el desarrollo integral no es posible si se reduce a definiciones institucionales o categorías lineales. En estas circunstancias, la niñez se define por el vínculo y el cuidado transforma se transforma en la experiencia, ya que se edifica entre límites, presencias y deseos irremediables. Fue ahí donde surgió con fuerza el eje que atraviesa este trabajo: el duelo. Dado que en las relaciones de cuidado creadas en la protección infantil, los adioses son parte de la rutina y no excepciones. Las cuidadoras experimentan pérdidas variadas que, debido a la exigencia de cuidar, no les permite mostrar aquello que le adolece y, a la vez, nombrarlo.

Entendí, a partir de esta experiencia, que el duelo no surge únicamente en las instancias que parecen más dolorosas, sino también en las maneras continuas de separación, cambio, ruptura y despedida. Y aun de esta manera, el duelo se elabora. A pesar de que no haya un lineamiento que lo mencione ni un espacio institucional que lo respalde, emerge en la intimidad esa elaboración por medio de recursos simbólicos que permiten avanzar: las conversaciones

privadas, las canciones, y los gestos. En mi caso, redactar este trabajo fue, además, un medio para elaborar el duelo; todos como recursos privados que fueron la forma de asumir lo sucedido y de transformar la pérdida sin negarla. Porque elaborar no implica deshacerse, sino encontrar en ello una forma de darle vida a esa pérdida, de mantenernos de pie en medio de ella.

Referencias bibliográficas

Calmels, D. (2004). *Juegos de crianza*. Editorial Biblos.

https://books.google.com/books?hl=es&lr=&id=U6GwdXq4bmEC&oi=fnd&pg=PA11&dq=calmels+juegos+de+crianza&ots=d_Mqii6tT1&sig=YJU_PAxhO1GeFcflQjr_bjc17Sw

Carli, S. (2017). La infancia en perspectiva histórica: política, pedagogía y desigualdades sociales. Los desafíos de la investigación en América Latina. En L. Mantilla, A. Stolkiner y M. Minnicelli. (Ed) *Biopolítica e infancia: niños, niñas e instituciones en el contexto latinoamericano* (pp. 43 - 59). Universidad de Guadalajara.

Congreso de Colombia. (2006). *Ley 1098 de 2006: Por la cual se expide el Código de la Infancia y la Adolescencia*.

<https://www.funcionpublica.gov.co/eva/gestornormativo/norma.php?i=22106>

Gilligan, C. (2013). *La ética del cuidado* (Vol. 30). Fundació Víctor Grífols i Lucas Barcelona.

<https://www.revistaseden.org/boletin/noticia.asp?idnoticia=4424170099100098424170>

ICBF. (2017). *LINEAMIENTO TÉCNICO PARA LA ATENCIÓN A LA PRIMERA INFANCIA*. Lineamiento.

Lacan, J. (1988). *Intervenciones y textos 2* (udv.681724). Manantial.

- Lima, F., Taplin, S., Maclean, M., & O'Donnell, M. (2024). Infants entering out-of-home care: Health, developmental needs and service provision. *Child Abuse & Neglect*, 149, 106577. <https://doi.org/10.1016/j.chiabu.2023.106577>
- Mantilla, L. (2020). La construcción social de la niñez y la biopolítica de infancia. Puntos iniciales para un debate. *Revista Multimedia sobre la Infancia y sus Institución (es)*. Universidad de Guadalajara. México.
<http://infeies.com.ar/numero9/bajar/DC.3.Mantilla.pdf>
- Marta Gomez (Director). (2015, marzo 13). «*Manos de Mujeres*» - Marta Gómez (Feat: Martirio, Andrea Echeverry & Anat Cohen) [Video recording].
<https://www.youtube.com/watch?v=jMhViWjq-U>
- Monette, S., Long, M.-C., O'Leary, A., Cyr, C., Terradas, M. M., & Couture, S. (2025). Mental disorder diagnoses and symptoms and functional impairment in school-age children in the care of child protective services. *Child Abuse & Neglect*, 159, 107155. <https://doi.org/10.1016/j.chiabu.2024.107155>
- Sandia Rondel, L. (2004). Metacognición en niños: Una posibilidad a partir de la teoría Vygotskiana. *Acción Pedagógica*, 13(2), 128-135.
- Unicef. (2018). Aprendizaje a través del juego. UNICEF. *UNICEF*, 21.
- Vasquez, J. G. (2011). *El Ruido de las Cosas al Caer*. Alfaguara.

Vicente García (Director). (2016, agosto 26). *Vicente García—La Esquinita (Cover Audio)*

[Video recording]. <https://www.youtube.com/watch?v=qRAIR1rAqSc>

Villalobos Valencia, M. E. (2014). *Construcción psicológica y desarrollo temprano del*

sujeto: Una perspectiva clínico-psicológica de su ontogénesis (Vol. 2). Universidad del Valle.

<https://books.google.com/books?hl=es&lr=&id=SlInEQAAQBAJ&oi=fnd&pg=PA7&dq=Construcci%C3%B3n+psicol%C3%B3gica+y+desarrollo+temprano+del+sujeto:+una+perspectiva+cl%C3%ADnico-psicol%C3%B3gica+de+su+ontog%C3%A9nesis.&ots=Z-2BgwgPFD&sig=qLCQphY62nDnwKmInRo5uf8l3qQ>

Winnicott, D. W. (1975). *El proceso de maduración en el niño: Estudios para una teoría del desarrollo emocional* (udv.640484). Laia.

Woodhead, M., & Brooker, L. (2013). *El derecho al juego. Reino Unido: La Universidad Abierta.*